

¿CONOCES A ANDRÉS HUBERTO FOURNET?

Hna. Simone Pon Layus



San Andrés Huberto Fournet
Fundador de las Hijas de la Cruz

Introducción

En Francia, por lo que yo sé, sólo hay dos párrocos canonizados por la Iglesia:

- **Juan M Vianney**, el Santo cura de Ars (1786-1859)

- **Andrés-Huberto Fournet**, también párroco, que durante cuarenta años, desempeñó su ministerio en un pueblecito del Poitou (Saint Pierre de Maillé) y fue canonizado el 4 de junio de 1933.

El primero es universalmente conocido.

El segundo no lo es tanto, pero merece serlo.

El primero era niño cuando estalló la Revolución Francesa en 1789.

El segundo la vivió plenamente. Andrés Huberto tenía 34 años cuando nació Juan M Vianney.

¿Por qué no abrir algunas páginas de la vida de Andrés Huberto, ardiente, generoso, cercano a los pobres, fundador de una Congregación Religiosa: las Hijas de la Cruz?

...un extraordinario sacerdote de pequeña estatura llamado el Buen Padre...

Matices de infancia

Andrés-Huberto nació en Saint Pierre de Maillé (Departamento de la Vienne).

Su abuelo paterno era provenzal.

En el corazón y en los ojos de Andrés-Huberto, niño del Poitou, brilla el sol de Provenza. Durante toda su vida, conservará dentro de sí, un trozo del cielo azul de sus raíces meridionales.

Niño feliz en una familia numerosa.

Familia buena, acomodada, donde Andrés crece en el amor de sus padres (Florence Elisabeth Chasseloup y Pierre Fournet de Thoiré) y de sus numerosos hermanos y hermanas (Andrés es el séptimo de una familia de 10 hermanos).

Muchacho despreocupado, alegre, exuberante... y alumno poco aplicado que prefiere los juegos al trabajo...

Interno en el colegio de Châtellerault donde cursa estudios clásicos, todos sus compañeros le quieren por su alegría, entusiasmo y franqueza.

A pesar de todo, Andrés no puede permanecer allí largo tiempo.

Con un amigo salta la tapia. ¿Qué le falta?

¿Espacio?...

¿Libertad?...

¿El calor de la familia?...

Ingenuamente, emprende el camino de casa... donde su padre lo acoge con severidad y lo lleva de nuevo al colegio.

Si Andrés-Huberto no consigue ser un alumno brillante, se comporta al menos, con más disciplina.

Repollos y nabos...

En su infancia y juventud se manifiesta simpático, atolondrado y de gran corazón.

Un episodio de esta primera etapa de su vida nos lo describe sencillamente, tal como es.

A Andrés-Huberto no le gustaban las verduras y su buena madre tenía serias dificultades para hacérselas comer.

Un día le hizo servir en la cocina una sopa con abundantes repollos y nabos. El niño miraba con ojos tristes el plato lleno y sólo se decidía a introducir en él la punta de la cuchara. De repente tuvo una idea genial:

- “Escucha —le dijo a la doncella— tú comes las verduras y yo, el *caldo*”.
- ‘Pero —observó la sirvienta—, tu mamá me preguntará si las has comido, y ¿qué le voy a contestar?’.
- “Tú le dirás: Señora, nabos y repollos, todo se ha comido”.

Gracias a este pacto la propuesta fue aceptada, y cuando la Señora Fournet fue a informarse si todo se había hecho de acuerdo con sus instrucciones, la doncella respondió según lo convenido.

Entonces Andrés-Huberto, temiendo otras preguntas comprometidas, se levantó de la mesa y se puso a saltar alrededor de su madre, cantando este estribillo: “Sí, mamá querida, irepollos y nabos, todo se ha comido!”.

Aturdida por este exceso de alegría, la buena Señora no preguntó más y el asunto quedó así.

Intuiciones de madre

La madre de Andrés, buena y serena poitevina, goza en toda la comarca, de la reputación de santa. Primera educadora de su hijo, se extraña a menudo de su exuberancia, pero conoce también la bondad y ternura de su corazón.

¿Por qué desea el sacerdocio para este hijo más que para cualquier otro?...
¡Maravillosa intuición de madre!
"Un día, mi querido Andrés, serás sacerdote!...
Subirás al altar y rezarás a Dios por tu madre..."

Su madre ha echado la semilla...
después, ha dejado todo en manos de Dios...

Parece que Dios no tiene prisa...
No más que Andrés-Huberto que escribe, en la primera página de uno de sus libros, este curioso título de propiedad:
"Este libro pertenece a Andrés-Huberto, buen muchacho, que no será nunca ni cura ni fraile..."

El grano de trigo arrojado por la mano confiada del sembrador necesita tiempo para realizar su secreto trabajo de germinación y de crecimiento.
Dios trabaja con el tiempo...

Caminos... o callejones

Andrés tiene toda la vida por delante.

Ama la vida.

Después de sus estudios clásicos poco brillantes, asiste durante un año a la Escuela de Derecho de Poitiers.

Andrés-Huberto tiene tan mala letra que no puede aspirar a la Magistratura. ¿Qué hacer?

Sin consultar con nadie, se enrola en el ejército.

Un buen día, vestido con su uniforme militar, no atreviéndose a llamar a la puerta de la casa paterna, se presenta en casa de su tío, (Andrés tiene 5 tíos sacerdotes), párroco de Saint Pierre de Maillé.

La acogida es seca:

"Se confunde de dirección... yo no tengo ningún sobrino en el ejército..."

Entonces... ¿a dónde ir?

Siempre tiene una puerta abierta: la del corazón de su madre.

Andrés-Huberto sabe, por experiencia, que siempre puede acudir a ella.

La acogida incondicional que siempre, niño, adolescente, ha encontrado en su madre, proporcionará a Andrés el coraje para volver a empezar.

Un giro decisivo

La Señora Fournet orienta a su hijo para que vaya donde su tío, párroco de Haims, Vienne.

Es un hombre silencioso, austero, meditativo. Haims es un pueblo rural rudo y triste...

En contacto con esta naturaleza solitaria, bajo un cielo inmenso que la vista no puede abarcar, Andrés-Huberto siente que se abre en su corazón un camino interior.

Quizá provocado por la sabiduría y la paciencia de los campesinos que llevan una vida dura en un ambiente de paz y sencillez...

A los 22 años, Andrés-Huberto vuelve donde su madre y le comunica su deseo de hacerse sacerdote, estará durante cuatro años interno en el seminario de Poitiers.

De un temperamento expansivo y exuberante, pero animado por una piedad sincera, llega a ser, en 1778, sacerdote de Jesucristo.

Primero coadjutor en Haims, donde vuelve a encontrar a su santo tío.

¡Qué dos personalidades tan distintas!

Andrés-Huberto prepara su primera homilía con gran cuidado y se dispone a exponerla de acuerdo con las reglas de la oratoria de la época.

La pequeña Iglesia de Haims está llena a rebosar y todos los ojos se clavan en el nuevo y joven predicador que sube al púlpito.

Al ver sus ojos fijos en él, Andrés-Huberto se turba de tal manera que se acurruca en el púlpito y desaparece completamente.

“Estaba escondido en el púlpito como un conejo en su madriguera y si mi tío no me hubiera enviado al sacristán, creo que todavía estaría allí...”

Lo inesperado

Andrés-Huberto es nombrado párroco de S. Pedro de Maillé.
Es un buen sacerdote, regular, pero tanto por naturaleza como por educación, lleva dentro de él un gentilhombre.
Cabalga un buen caballo, que lo conduce con gracia. Le gusta recibir con cierto lujo a sus compañeros y amigos.

Un día, "el Señor Párroco" espera gente.
Su mesa está ricamente preparada.
La puerta del comedor, en el primer piso de la casa rural, está abierta para la acogida.
En la escalera de piedra, ruido de pasos...
Andrés-Huberto va alegremente hacia su huésped.

¡Sorpresa!...
Es un mendigo que pide limosna.
El Párroco se desconcierta un poco:
"No tengo dinero..."
"Cómo, ¿qué no tiene dinero? replica ásperamente el pobre... y vuestra mesa está cubierta de plata..."

Lo que había en Andrés-Huberto de artificial, de mundano, ha explotado como si fuera un globo.
Al pie de la escalera, convertida ahora en la "**ESCALERA DEL POBRE**", la palabra del mendigo es para Andrés-Huberto PALABRA de JESUCRISTO.

Llora largamente, de rodillas sobre las losas de la iglesia, en presencia de Jesús Eucaristía, el verdadero POBRE según el corazón de Dios.

La escalera del Pobre

Desde el día en que, en lo alto de la escalera de su casa cural, Jesucristo entró en su corazón por la palabra del mendigo. Andrés-Huberto sube la escalera de la pobreza...

Ahora es él el pobre... que sube... o que baja... la escalera de la santidad, la escalera hacia Dios y hacia los pobres...



Conversión

Hacerse pobre, él, el cura bien visto por sus feligreses...
Cambiar de vida respecto a sus amigos, a sus relaciones...
Sí hubiera salido de su parroquia, podría pasar...

Andrés-Huberto ha tenido el valor de la conversión.
Es ardiente y generoso.
En él, no se dan las medias tintas.
Al fin ha encontrado el camino de sus fuentes... Su rica vajilla, sus hermosos muebles, su plata... todo lo vende, aparece aligerado..., liberado...

Junto a él, para sostenerle en su camino de conversión, la presencia de su madre, de su hermana Catalina, de su joven coadjutor...
Los tres llevan una vida de sencillez evangélica.

Andrés-Huberto ya no busca el brillo.
Predica con fe, dulzura, sencillez, poniéndose a la altura de sus feligreses.
"Antes, Señor Párroco, predicaba tan bien que no se le entendía... Ahora todo el mundo comprende lo que dice..."

Andrés-Huberto se ha convertido en pastor.
Desde 1785 —tiene entonces 33 años— el Señor Fournet, como le llaman, tiene reputación de santo en toda la región.

Fragor de tormenta...

1789...

La Revolución estalla en París...

Muy pronto la Provincia siente sus sobresaltos...

En 1791, se exige a los sacerdotes el Juramento Constitucional.

Andrés-Huberto se niega valientemente a jurar la Constitución Civil del Clero.

Desde ese momento se convierte en un sacerdote errante, sin parroquia, sin iglesia, sin casa. Tiene que esconderse en casas de amigos, en grutas, en granjas

Cuántas veces se libra de la muerte por muy poco...milagrosamente...

Su vida corre peligro

Y sobre todo, expone peligrosamente a los que le protegen y le esconden.

Decide marcharse...

Al pasar por Poitiers se despide de un familiar que quiere darle dinero para su largo y difícil viaje. Andrés-Huberto rehúsa.

Como un pobre de Jesucristo,

confiando en la Providencia

toma el camino del destierro hacia España.

Los riesgos del discípulo

Andrés-Huberto no había escapado todavía a todos los peligros de esta terrible jornada. Mientras se alejaba y pasaba el puente, al lado de un puesto de voluntarios, oye el grito: *¡Al agua!*. Continúa su marcha rezando, sin mostrarse intimidado por los lúgubres gritos que le amenazan. Pero en este nuevo peligro, Dios suscita un defensor; se oye una voz que exclama: "Ciudadanos, ¿queréis estropear el agua del río arrojándole este hombre feo y pequeño?. Dejadle que se vaya".

Por tercera vez en el mismo día Andrés escapa a la muerte. Regresa a su parroquia y continúa desafiando todos los peligros, para procurar a sus fieles los auxilios de la religión. Un día, la persecución se hace más violenta; y si el valiente sacerdote no tenía miedo de su propia seguridad, se preocupaba por las familias cristianas que le daban hospitalidad, sabiendo que esta generosa complicidad les exponía a grandes peligros. Preveía que no estaba lejos el tiempo en el que, como tantos otros, tendría que ceder a la violencia de la tormenta.

El último acontecimiento que vamos a contar precedió inmediatamente a su salida para el destierro. Un día, el Sr. Fournet regresaba a Maillé, después de haber cumplido en un pueblo alejado las tareas de su ministerio. Seguía el valle del Gartempe, cerca del molino de Busserais, caminaba solo y absorto en Dios. De repente un ruido de pasos precipitados, le distrajo de su oración y oyó: "Alto ahí!". Volvió la cabeza y vio a dos guardias que se dirigían hacia él cabalgando a galope. El peligro es inminente, la huida imposible: esta vez no hay escapatoria, morirá sin remedio...

Pero, que alegría! el humilde discípulo de Jesús puede morir como su divino Maestro! Sobre un cerro, al lado del camino, una pobre cruz de madera está todavía en pie.

Delante de este signo de la redención el Sr. Fournet se arrodilla y hace una corta oración; después, levantándose, extiende su brazo sobre los brazos de la cruz, y en esta posición, vuelto el rostro hacia sus perseguidores, espera la muerte. Ante esta extraña aparición, ante este nuevo calvario, los dos jinetes se paran desconcertados sin saber qué hacer. De repente uno de ellos grita: "habría que ser peor que Judas!"
Se vuelven y se alejan rápidamente.

Tierra del destierro... Tierra hospitalaria

España acoge al sacerdote francés, al fugitivo...

Andrés-Huberto permanece, de 1792 a 1797 en Los Arcos, pequeño pueblo de Navarra.

Los Arcos, rodeado de suaves colinas plantadas de olivos...

Los Arcos con tu hermosa iglesia y tu claustro...

Los Arcos con tu vía crucis que sube el sendero pedregoso, eres una TIERRA SANTA!

Cada día, en todo tiempo, Andrés-Huberto sube este camino del vía crucis rezando...

Cada día visita a los enfermos y a los presos...

Muy pronto se le venera como a un santo:

"Don ANDRES, ruegue por nosotros!..."

En su destierro, su soledad, Dios continúa sondeándole...

La vida contemplativa atrae a Andrés-Huberto.

¿Va a encerrarse en los Carmelitas de Burgos?.

No...

El Padre Provincial, iluminado por el Espíritu Santo, le dice que Dios le llama por otro camino..., que otras voces le reclaman...

La voz de sus feligreses abandonados.

Entonces, de nuevo, como en los tiempos del colegio de Chatellerault, Andrés-Huberto no resiste más...

A pesar del peligro, decide volver, solo, a Francia.

Regreso a Francia

Adiós, Los Arcos!

Adiós, Tierra bendita!

Andrés-Huberto, a quién tú acogiste, no regresará más...

Volverá, sin embargo, a España, de otra manera, un siglo más tarde (Comunidades Hijas de la Cruz en España, una de ellas en Los Arcos...)

Hoy, deja Navarra.

Salvado, a lo largo de su peligroso recorrido por su pequeño caballo andaluz que emprende velozmente la carrera en cuanto ve un uniforme militar.

Andrés-Huberto atraviesa así todas las barreras de la policía, desde la frontera de España hasta el Poitou.

Pero en Francia no se ha restablecido la paz esperada.

Los sacerdotes refractarios están todavía, en peligro. Empieza para Andrés-Huberto una vida de proscrito.

Los tiempos son difíciles.

Piden heroísmo.

Disfrazado de labriego, con la blusa de los aldeanos, una podadera en la mano o una horquilla al hombro, con frío, incomodidades, privaciones, cansancio, marchas forzada y continua para escapar de las incesantes persecuciones.

A pesar del peligro, su ánimo es valeroso y comunicativo.

Para los tiempos de persecución, Jesús ha prometido su Espíritu de Fortaleza y de paz.

“No es un Espíritu de temor el que Dios os ha dado, sino un espíritu de fortaleza, amor y de dominio de sí mismo...” (2 Tim. 1,7)

Misas de media noche

¡Tiempo de nuevas catacumbas! El Pastor es valiente. Sus feligreses también, que arriesgan de nuevo su vida para esconderle o que van en plena noche a los encuentros de oración después del duro trabajo del campo.

Afrontando el frío y las intemperies, los malos caminos, tienen que andar descalzos con los zuecos en la mano, para no atraer la atención con el ruido de sus pasos sobre las piedras.

Andrés-Huberto celebra clandestinamente la Eucaristía unas veces en un lugar, otras en otro, por prudencia. "He dicho en mi vida, tantas Misas de media noche.. Y en estas reuniones, ¡qué fervor!

A Andrés-Huberto le gustaba cantar y hacer cantar.

Toda su vida, Dios ha cantado en su corazón.

Todos los márgenes de su breviario, el que usaba durante la Revolución, están llenos de esquemas de sermones, de notas, de actas de Bautismo y de matrimonio, de cánticos del Padre de Montfort, del que sería discípulo, un siglo después de él.

"El canto tal como está escrito abre el corazón al Espíritu Santo,

Dios desciende a un corazón que canta y le da gracia en abundancia".
(S. Luis María Grignon de Montfort)

Una noche memorable

Una noche como tantas otras...

Una pobre granja mal iluminada, rodeada de grupos de árboles...

La granja de los Marsyllis transformada en iglesia.

Los fieles se apiñan allí para la Eucaristía y antes para el Sacramento del Perdón.

La vieja puerta se abre en la oscuridad...

Entra una joven y hermosa señorita acompañada de un viejo criado.

Es Isabel Bichier des Ages, perteneciente a la nobleza de la región.

En esta asamblea de aldeanos, de granjeros, causa sensación.

Se retiran para dejarla pasar...

El sacerdote interviene con rudeza:

“¿Cree, señorita, que voy a dejar, para escucharla, a estas madres de familia, a estos pobres aldeanos venidos de lejos?...”

La joven turbada...

Responde humildemente:

“Padre, esperaré... Bastará con que quiera escucharme... después de ellos...”

Espera largas horas.

En la granja de los Marsyllis, encuentra al consejero espiritual que pedía a Dios en su oración.

Por otra parte, Andrés-Huberto el hombre marcado profundamente e iluminado por el Espíritu de Dios, ve en Isabel a una criatura extraordinaria.

Su primer encuentro fue decisivo.

En él radica el origen de la Congregación de las Hijas de la Cruz, de la que ellos dos —Andrés-Huberto y Juana Isabel— son los Fundadores.

No somos nosotros los que inventarnos el camino.

El amor de Dios nos precede, es El quien espera que respondamos a sus llamadas.

La granja de los Marsyllis

“OH! ¡Hermanas!

Han ocurrido grandes cosas en los Marsyllis...

Es verdaderamente el Belén de la Congregación...” (Santa Juana Isabel Bichier des Ages)*

BELEN

nacimiento en la pobreza de un pesebre.

BELEN

casa del Pan...

Los **MARSYLLIS**, lugar de nacimiento de la Congregación de las Hijas de la Cruz en una pobre granja, en la celebración de una Eucaristía nocturna clandestina, donde los discípulos de Jesús venían a buscar la **FUERZA** del **PAN** de **VIDA**



Nacida en el Blanc en 1773. Llamada la Bonne Sour y canonizada el 6 de julio de 1947

Un Apóstol infatigable

Amanecen días mejores...

Se despeja el cielo de Francia...

En la primavera de 1801, Andrés-Huberto puede volver a Maillé y, en 1802, regresa a su parroquia.

Viéndole pasar, a él, al salvado de la Revolución, al de rostro pálido y demacrado, se cuchichea respetuosamente:

"OH! Es un santo... hace milagros..."

Andrés-Huberto tiene 50 años.

Hay que construir sobre las ruinas de la Revolución. Hombre de la Palabra, predica en su pueblo y en los pueblos de los alrededores, misiones para la zona rural

Cuando los misioneros enviados son rechazados o fracasan se llama al Sr Fournet, pues declaran "...los santos siempre tienen éxito..."

Su celo es infatigable

¿De donde saca ese entusiasmo este frágil sacerdote?... ¿ese ardor?... ¿esas energías inesperadas?... ¡Qué importa que yo muera! ¿Es que Dios no va a encontrar más voces que la mía?...

Después de una marcha difícil, en ayunas, por la nieve, para ir a auxiliar a un enfermo:

"Jamás me he sentido más contento, ni más fuerte... "Yo quisiera que todos los días de mi vida sean como éste.

Andrés-Huberto es feliz, con una felicidad de Evangelio.

Un buen pastor

La parroquia es una familia.
En todos los hogares se le llama el BUEN PADRE.

En el tiempo de la recolección, visita a los campesinos en sus campos, y, como un padre en medio de sus hijos, les habla con bondad y reza con ellos.
Si le invitan a comer y quieren ponerle un plato distinto protesta:
"Es que un padre debe estar separado de sus hijos?..."

Conoce a todos sus feligreses. Los ama y le aman.
Cuando vienen a buscarle durante la noche y se lamentan de interrumpirle el sueño:
"Qué decís, queridos hijos?..."
Al contrario, os estoy agradecido..."

Toma en serio a los jóvenes. Sabe que Dios les habla.
Cuida las jóvenes vocaciones sacerdotales, les ayuda de muchas maneras: clases de latín, consejos, estímulo, ayuda material...
Una cuarentena de sacerdotes han salido de la escuela del Padre Fournet.
"Sois los hombres de Dios, les dice.
Sois los hombres del pueblo cristiano".
"Amad la pobreza, la sencillez, la humildad de Nuestro Señor Jesús".
Andrés-Huberto ha comprendido que
"A nosotros nos corresponde engendrar a Dios".*

* Marguerite Yourcenar

El Fundador

Andrés-Huberto, un fundador... un hombre que congrega...

El encuentro con la joven de la nobleza que vino una noche a la granja de los Marsyllis ha dado sus frutos.

En torno a Isabel Bichier des Ages, nace en 1804 una pequeña comunidad. •

“Si hemos fundado una Congregación, ha sido sin saberlo y sin quererlo. Nuestro Buen Padre jamás supuso que nos convertiríamos en Congregación. Sólo quería instruir a los niños de su parroquia y cuidar a los pobres enfermos”.•

La comunidad se multiplica rápidamente.

Pronto se necesitan locales amplios para la numerosa familia de hermanas, novicias, postulantes.

En el mes de mayo de 1820, la Congregación se traslada de Maillé a La Puye, a un antiguo convento de Fontevristas, que se convierte en la Casa Madre de las Hijas de la Cruz.

Después de 40 años de ministerio parroquial, el Buen Padre deja también Maillé y a sus feligreses...

Hay que saber marchar...

Hay que saber dejarse ayudar... Las Hermanas cooperan activamente en la misión pastoral del Padre Andrés en La Puye y en los pueblos de alrededor, sobre todo en las parroquias sin sacerdotes.

Y él, el Buen Padre, hasta su muerte en 1834, se consagra a la Congregación de la que es el formador espiritual y apostólico.

¹ Las primeras Hijas de la Cruz: Elisabeth Bichier des Ages, Madeleine Moreau, Véronique Lavergne, Anne Bannier, Marianne Meunier, doncella de Isabel

² Carta de Isabel

Un maestro espiritual

Andrés-Huberto ha descubierto la misteriosa presencia de un AMOR VIVIENTE. Vive de ella y la hace vivir.

“Llevaréis una vida interior.

“Estamos en la tierra para glorificar a la Santa Trinidad...”

Y el

“GLORIA AL PADRE, AL HIJO, AL ESPIRITU SANTO”. Era una alabanza sin fin que la fe cantaba en su corazón.

Andrés-Huberto se sumerge en la oración como en un baño de luz, absorto en la contemplación de lo Invisible.

Su corazón está lleno de Dios.

Habla de él incesantemente, con espontaneidad.

Hay que descubrir a Dios en las cosas sencillas, en la vida cotidiana.

“Hombre de Dios en todo, que vive en la fe como en una segunda naturaleza, parecía estar sólo ocupado en los asuntos del Padre Celestial; hablaba de ello con un atractivo irresistible, espontáneamente, de la misma manera que el agua brota del manantial.”

Como lo será el Cura de Ars algunas décadas más tarde el Padre Andrés es un asceta.

Como la del Cura de Ars su palabra en el altar, es a la vez catequesis y oración.

Como el Cura de Ars, confiesa incansablemente.

Como para el Cura de Ars, su mesa es la mesa de los pobres.

“Ante Dios, está mucho más alto que nosotros”.

“Quería hacernos caminar a paso de gigante” decían las Hermanas, impulsadas por su ímpetu y llenas de confianza, pues para su familia espiritual Andrés-Huberto tenía el amor de un padre:

“Nos llevaba a todas en su corazón”.

Una pésima grafía

^u P. Rigaud

Y sin embargo, Andrés-Huberto ha escrito mucho.

También a través de su correspondencia es un guía espiritual.

A pesar de sus temblorosas manos y sus ojos cansados, escribe hasta sus últimos días...

“El pequeño Thoiré y yo, escribimos como otros tachan” decía de broma, el Sr. de Marsillys, uno de sus tíos. •

Mi querido hijo,
decía riendo el Buen Padre a un escolar “escribo peor que tú. Pero no debo quejarme porque sin este defecto quizá ahora sería notario en lugar de sacerdote.

En mi juventud, fui presentado como pasante en un estudio de notario.
Me hicieron escribir para probar, y yo escribía tan bien que me despidieron”.

El amigo de los pobres

• El Padre Andrés Huberto Fournet levaba también el apellido de Thoiré

¿Qué ha sido del joven sacerdote que, antes de la visita del mendigo, vivía desahogadamente como correspondía una familia de su rango?
Se acuerda que debe a un pobre el cambio de rumbo en su vida.
Permanece fiel en el camino de la pobreza.
Se ha convertido en el sacerdote cercano a los pequeños amigos de los pobres
Sin renegar de sus amistades de la juventud se ha vuelto hacia los pobres
Para todos es el cura bueno el amigo discreto y fiel.

Pobre y generoso, lleno de respeto y deferencia manda encender cuatro hermosas chimeneas para que sus feligreses puedan secarse y calentarse antes de la Eucaristía.

Sale de La Puye con una maleta bien provista gracias a la solicitud de la Bonne Soeur llega a Igon^a, completamente despojado y pobre como Job.
En el camino lo ha dado todo.

A su hermana Catalina que, ahora le riñe por sus prodigalidades:
"No lo vuelvas a hacer... no puedes guardar nada."
El responde: He encontrado a Nuestro Señor Jesucristo
¿Podría negarle alguna cosa?
Numerosos pobres llegados a su funeral dan testimonio de que Andrés Huberto sacerdote de Jesucristo ha sido enviado a llevar la Buena Nueva a los pobres.

Al final de un largo camino...

^A Pirineos Atlánticos

¿Le veis pasear por el camino de los estanques de La Puye?
Le gusta pasear solo, para rezar, con su sombrero de anchas alas calado para proteger sus ojos.

De salud frágil, enflaquecido por el cansancio y la penitencia, está "blanco como un cisne". Hasta en su ancianidad conservó un porte digno, distinguido. En su rostro, se percibe un aire de sencillez y humildad. Se le venera como a un patriarca. Lo han definido como austero, severo, e incluso duro con Isabel. Lo ha sido, ¿pero era éste su verdadero yo? ¿Quién podrá definir su auténtica personalidad?

A los sacerdotes que le reprochan su severidad con la Bonne Soeur les responde:

"OH! Amo su alma tanto como la mía, la conozco bien y sé que aprovecha todo..." •

Al calor del Amor de Dios, la transfiguración del ser continúa a lo largo de toda su vida.

Sobre todo, en sus últimos años Andrés-Huberto es dulce, invitando a la confianza en la Misericordia de Dios que es Amor.

Amistoso y alegre, sabe bromear con humor. Cuando las Hermanas dispersas en las comunidades se reúnen en la Casa Madre y le expresan su alegría, ríe de todo corazón.

¿Quién podrá decir cuál era la verdadera personalidad de Andrés Huberto?

Como el alfarero modela la arcilla, Dios ha moldeado a Andrés Huberto.

¿Sol poniente... o Sol naciente?

"He sido cobarde durante la Revolución..., me he escondido.
Si la persecución comenzara de nuevo no me escondería.
Con la gracia de Dios esperaré la muerte..."

La muerte se acerca.

Serenamente, Andrés-Huberto se prepara para el encuentro.

Tiene 82 años.

"Yo quisiera irme al cielo, dice riendo, pero mis hijas, * me encadenan a la tierra con sus rosarios".

El invierno de 1834 es excepcionalmente suave.

A la llegada de la primavera, Andrés-Huberto hace acopio de toda su energía y su vigor y se dirige a la Eucaristía acompañado por un viejo criado.

Al salir de la iglesia, inundado por el sol de mayo, exclama:
¡OH! Hermoso sol, si se supiera apreciar más tu belleza!". *

Volviendo a su habitación, Andrés-Huberto se sumerge en una profunda adoración. Inmóvil, silencioso, tranquilo. A los que le preguntan si necesita algo, contesta invariablemente: "La gracia de Dios".

El joven sacerdote que vela cerca de él teme que tenga alguna inquietud:
"No hijo, estoy en paz..."

Después:

"En Ti, Señor, he puesto mi esperanza, jamás seré confundido..."

El 13 de mayo de 1834, a las nueve de la mañana, Andrés-Huberto abre sus ojos al Sol sin ocaso.

Todos los textos encuadrados son extractos de la vida del Buen Padre Andrés-Huberto FOURNET, escrita por el P. RIGAUD.

^v Las Hijas de la Cruz

^l J. Saubat p. 422

¿Conoces a Andrés – Huberto Fournet?

Lo que te he dicho lo he sacado de la Fuente:
La vida de Andrés-Huberto Fournet
escrita por su primer biógrafo.
El Padre Rigaud.
La escribió unos treinta años después de la muerte del
Buen Padre.

Las florecillas
que te ofrezco de esta obra no son más que gotas de la
fuente
y algunos trozos escogidos, espigados para ti
entre tantos otros



Hna. Simone PON LAYUS

Hija de la Cruz